

Glosas sobre el documento “Colaboración con los laicos en la misión” de la Conferencia de Provinciales de América Latina

F. Javier Duplá sj.

[Nota: Este escrito quiere ser un breve comentario para CUADERNOS IGNACIANOS del documento recientemente publicado por los Provinciales, y no puede ni debe sustituir la lectura del texto completo del documento]

Consideraciones históricas sobre el papel de los laicos en la Iglesia

1. El tema de los laicos es de mucha actualidad en la Iglesia desde el *Concilio Vaticano II* (1962-1965). En la Constitución dogmática “*Lumen Gentium*” (Luz de las Gentes), se dedica todo un capítulo al tema (nn. 30-38). Es propio del laico ayudar a transformar el mundo y ofrecerlo a Dios en el espíritu de las bienaventuranzas. Buscan el reino de Dios en los asuntos temporales, en las actividades y profesiones seculares, en la vida familiar y social, y desde allí dentro contribuyen a la santificación del mundo como la levadura en la masa guiándose por el espíritu evangélico. La diversidad de carismas y ministerios lleva consigo la unión porque todos están al servicio de todos: los pastores, siguiendo el ejemplo del Señor, se ponen al servicio unos de otros y de los fieles, expresión que de alguna manera anticipa el espíritu del documento que comentamos, según el cual los jesuitas deben ponerse al servicio de los laicos en la misión. Las estructuras humanas son objeto particular de la acción santificadora del laico:

Los seglares han de procurar, en la medida de sus fuerzas, sanear las estructuras y los ambientes del mundo que inciten al pecado, de modo que todas ellas se conformen a las normas de justicia y favorezcan, más bien que impidan, la práctica de las virtudes. Obrando así impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano. (LG, 36)

El Concilio recomienda a los pastores que dejen a los laicos libertad y espacio para actuar en tareas al servicio de la iglesia y que les den ánimo para que asuman tareas propias con espontaneidad. (LG, 37). Han pasado los tiempos en los que al seglar sólo le tocaba escuchar y obedecer, aun en asuntos temporales, y en que la iniciativa correspondía a los obispos y al clero.

2. La encíclica *Populorum Progressio* (El progreso de los pueblos), de Pablo VI, (1967) anticipa de algún modo lo que dirá después con énfasis la Conferencia de Obispos de Medellín:

En los países en vía de desarrollo, no menos que en otros, los seglares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal... A los seglares les corresponde con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven. (PP, 81)

3. La *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Medellín (1968), dedica espacio a los laicos en sus documentos. Examina la presencia de los laicos en el proceso de transformación de un continente, signado por el subdesarrollo, que los sitúa ante el desafío de un compromiso liberador y humanizante. El punto de interés de la Conferencia se centra en los movimientos laicales, muchos de los cuales son percibidos como desfasados del momento presente: “Muchos de ellos no reflejan un medio sociológico compacto ni han adoptado quizás la organización y la pedagogía más apropiadas para un apostolado de presencia y compromiso en los ambientes fundacionales donde se gesta, en gran parte, el proceso de cambio social”. (Conclusiones, 10, 4)

Medellín insiste en el compromiso solidario de los laicos en tareas de promoción humana en la línea de un determinado proyecto social, que favorezca la liberación, la humanización y el desarrollo (10, 9). Más aun, recomienda que se apoye a los movimientos o equipos “cuando, por las implicaciones sociales del Evangelio, son llevados a compromisos que comportan dolorosas consecuencias”

(10, 14). La realidad posterior, que ha llevado a obispos, sacerdotes y laicos al martirio, haría ver que esa previsión de la Conferencia no era infundada o exagerada.

4. La *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Puebla (1979), en la visión pastoral de la realidad latinoamericana, dedica dos párrafos a los laicos:

Su sentido de pertenencia a la Iglesia se ha acrecentado en todas partes, no sólo por el compromiso eclesial más permanente, sino por su participación más activa en las asambleas litúrgicas y en las tareas apostólicas. En muchos países las Comunidades Eclesiales de Base son prueba de esta incorporación y deseo de participación. El compromiso del laicado en lo temporal, tan necesario para el cambio de estructuras, ha sido insuficiente. En general, se podría decir que hay una mayor valorización de la necesaria participación del laicado en la Iglesia (N.125).

Se advierte en este y en el número 154 el doble papel que deben jugar los laicos, tanto dentro de los ministerios dentro de la iglesia como en las estructuras de la vida corriente, “en medio de la vida del mundo, para rehacer las estructuras sociales, económicas y políticas, de acuerdo con el plan de Dios”.

La visión de la Iglesia como Pueblo de Dios, que lanzó el Concilio Vaticano II, se desarrolla en Puebla en el sentido de que ve al Pueblo como familia de Dios, como Pueblo santo, como Pueblo peregrino, como Pueblo enviado de Dios, como Pueblo servidor. En esa concepción el laico tiene un papel fundamental en la evangelización de la política (507-562).

5. La exhortación post-sinodal “*Christifideles laici*” (1988), de Juan Pablo II, está dedicada a la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Es sin duda el documento más importante de la Iglesia reciente sobre el papel del laico en la iglesia y en el mundo. Los ministerios, oficios y funciones de los laicos tienen su fundamento en el Bautismo y en la Confirmación, por los que participan en la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo. Los carismas o regalos los otorga el Espíritu dentro de la Iglesia a quien Él quiere, sea laico o persona consagrada, y están dirigidos a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. (Nº 24). Las formas de participación del laico en la vida de la iglesia son personales y asociativas (asociaciones, grupos, comunidades, movimientos). El laico vive el Evangelio sirviendo a la persona y ala sociedad de

diversas maneras, algunas especialmente necesarias: promoviendo la dignidad de la persona, defendiendo el derecho a la vida y, en general, de todos los derechos humanos. Su primer campo de acción es la familia, y sirve también a la sociedad en acciones y organizaciones de solidaridad, en el ejercicio de una política basada en la justicia y la caridad, que tiene como criterio básico la consecución del bien común, como bien de todos los hombres y de todo el hombre. Al laico sobre todo le corresponde evangelizar la cultura y las culturas del hombre, haciendo más humana la vida social mediante el progreso de las costumbres e instituciones.

6. *La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Santo Domingo (1992) confirma, como signos de los tiempos, el número creciente de laicos comprometidos en diversos movimientos apostólicos y en la transformación de la sociedad.

“Sin embargo, se comprueba que la mayor parte de los bautizados no han tomado aún plena conciencia de su pertenencia a la Iglesia. Se sienten católicos, pero no Iglesia. Pocos asumen los valores cristianos como un elemento de su identidad cultural y por lo tanto no sienten la necesidad de un compromiso eclesial y evangelizador. Como consecuencia, el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así se explica la incoherencia que se da entre la fe que dicen profesar y el compromiso real en la vida”. (Nº 96)

La línea pastoral prioritaria de esta Conferencia, dicen los obispos, “ha de ser la de una Iglesia en la que los fieles cristianos laicos sean protagonistas. Un laicado bien estructurado con una formación permanente, maduro y comprometido, es el signo de Iglesias particulares que han tomado muy en serio el compromiso de la Nueva Evangelización” (Nº 102). Todo el esfuerzo de los obispos y de sus asesores, reflejado después en el documento final, manifiesta el deseo de que la Iglesia atienda a la promoción humana, a la evangelización de la cultura. Los derechos humanos, la ecología, el empobrecimiento creciente de las mayorías, los movimientos migratorios, el nuevo orden económico, los desafíos a la familia, las culturas indígenas, las grandes ciudades, la educación y la comunicación: todo el hacer, pensar y sentir del momento presente debe estar transformado por la figura de Jesucristo. En este esfuerzo, los laicos tienen la palabra y la acción prioritaria.

Los documentos de la Compañía de Jesús

1. La CG 31^a, reunida en 1965, aprobó el Decreto sobre la colaboración de la Compañía y el laicado. En él se hacía referencia al Concilio recién concluido y se constataba que “de los seculares recibimos ayuda para mayor conocimiento del mundo y de la verdad cristiana, para sentir más vivamente nuestra misión de ‘defender y propagar la fe’, además de ser estimulados para una conversión continua de nosotros mismos” (Decreto 33, nn. 1 y 2).

2. La CG 33^a, reunida en 1983, en el Decreto 1, “*Compañeros de Jesús, enviados al mundo hoy*”, hace una breve alusión al trabajo apostólico en unión con los laicos:

“De un modo especial debemos avanzar en una colaboración más estrecha con los laicos, reconociendo y fomentando su propia responsabilidad y vocación en la Iglesia y en el mundo. La experiencia de los últimos años nos enseña, por una parte, lo mucho que podemos contribuir a formar verdaderos apóstoles laicos, y por otra, lo mucho que podemos recibir de ellos para fortalecer nuestra vocación y nuestra misión. La renovación de algunos medios de la espiritualidad ignaciana (Ejercicios, CVX, etc.) puede ayudar a que esta mutua colaboración resulte más profunda”. (Nº 47).

3. La CG 34^a, reunida en 1995, promulga el Decreto 13, titulado “*Colaboración con los laicos en la misión*”, el cual “pide a los jesuitas que, fieles a su carisma fundacional y teniendo en cuenta los signos de los tiempos, se coloquen enteramente al servicio de la vocación laical y se preparen para colaborar con los laicos en una común misión, en un espíritu de verdadero compañerismo en el Señor y en un pie de igualdad: algo que no siempre hicieron” (Francisco Ivern sj., Presidente de la Conferencia de Provinciales de AL).

El decreto de la CG 34^a dice algo nuevo y de mucha importancia. La Compañía de Jesús ha sido percibida tradicionalmente como una orden clerical al servicio incondicional de la Iglesia jerárquica. La separación entre los jesuitas, percibidos todavía en muchos ambientes como cerrados sobre sí mismos, y los laicos, constituye una novedad. Sin embargo, no lo es tanto si consideramos el carisma fundacional de la Compañía. Ignacio era laico cuando la fundó, y la concibió como un cuerpo ágil al servicio de la fe, concretamente al servicio del

Romano Pontífice. Quiso hacerla libre de las ataduras que significaba entonces la vida religiosa, que se concebía como un apartarse del mundo y dedicarse al servicio divino, el cual requería mucho tiempo dedicado a la comunidad y a los actos litúrgicos y religiosos en común.

Además, en la Iglesia misma se ha dado un giro copernicano desde el Concilio Vaticano II en cuanto a la comprensión de los carismas o dones del Espíritu: ser cristiano, es decir, seguidor de Jesús es el carisma fundante; la comunidad cristiana, el Pueblo de Dios es el objeto de la elección y de la acción divinas. Las demás vocaciones, episcopal, sacerdotal, laica o religiosa vienen después y sólo se entienden al servicio de la primera, para hacerla posible en algunos casos y para radicalizarla en otros, para llevarla a las consecuencias más profundas de lo que significa vivir como seguidor de Jesús. Todos tenemos una misión común: transmitir vivencialmente la experiencia del seguimiento de Jesús, cada cual desde su condición de laico o laica, de religioso o religiosa, de sacerdote u obispo.

Todos, jesuitas y laicos, salimos beneficiados con esta nueva orientación. Los laicos, porque sienten que se les toma teológica y apostólicamente en serio, y que se les siente capaces de aportar una visión y actuación propia en el servicio del Reino. Los jesuitas, porque sentirán un apoyo firme en su misión y una renovación de su vivencia comunitaria, que muchas veces – como dice el P. Ivern – no revela toda la vitalidad que debería tener ni ofrece el testimonio que debería ofrecer. De la estrecha colaboración con los laicos en la misión se derivarán sin duda consecuencias imprevistas en beneficio de ambos. Esperemos, pues, confiados en este soplo del Espíritu.

“La Compañía de Jesús se pone al servicio de la vocación laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad”. Esta triple oferta es de importancia. La herencia espiritual y apostólica es tal vez lo más importante en ella, sobre todo si se sabe renovar y adaptar a los tiempos. Como elementos de esta herencia se puede recordar y enumerar: el inteligente uso de las cosas (el tanto cuanto), la aspiración a lo máximo en el seguimiento de Jesús (el magis), la disponibilidad, el discernimiento espiritual como método para conocer la voluntad de Dios, la actitud de contemplación en la acción. Los recursos educativos son sin duda muchos, no sólo en cuanto a número y calidad de las obras educativas, sino en cuanto a su capacidad de influencia y en su pedagogía, recientemente puesta al día.

La tercera oferta, la amistad, llama la atención y parece salirse de la entidad de las dos anteriores. Sin embargo, hace referencia al grupo fundante de la Compañía, que se consideraban “amigos en el Señor”. Nuestra amistad de compañeros, unidos por un mismo espíritu en alerta de servicio y disposición a poner todo en común. Además, la amistad da fuerza y gozo a la tarea apostólica realizada en común.

4. *Alocuciones del P. General Peter-Hans Kolvenbach sj.*

“*Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús*” (27 septiembre 1991). Agradece en ella cordialmente la enorme colaboración de tantos laicos y laicas a lo largo y ancho del mundo, que trabajan en obras de la Compañía, algunos más próximos a la espiritualidad ignaciana, otros con otras espiritualidades cristianas y algunos ajenos a la fe o pertenecientes a confesiones religiosas distintas. Les asegura que Ignacio puede seguir siendo fuente de inspiración y vitalidad espiritual: en el sentido de la vida humana que descubre y transmite; en el llamamiento a colaborar en una gran empresa, que es hacer realidad el plan de Dios sobre la humanidad, desenmascarando las contradicciones y ambigüedades de la acción humana; en la decisión de hacer activa nuestra fe, usando todos los medios humanos para solucionar los graves problemas del mundo de hoy. Para lograr estos grandes propósitos Ignacio invitó a compañeros, y esta invitación sigue abierta hoy día, tanto para colaborar desde la vida religiosa como desde la condición de laico o laica. Los ejercicios espirituales es la mejor oferta que él hizo a los suyos y que sigue abierta para hacer efectiva la transformación de la persona.

“*A los laicos colaboradores de la Compañía*” (Colegio de Chamartín, Madrid, 3 diciembre 1999).

Recuerda cómo, “desde el comienzo de la Compañía, Ignacio y los primeros compañeros, ya sacerdotes y religiosos, se rodean de grupos de laicos, que de modos diversos y en el contexto sociorreligioso de los siglos XVI y XVII, colaboraban y continuaban las tareas apostólicas y de caridad que los jesuitas iniciaban”.

Explica el significado de la espiritualidad ignaciana para el mundo de hoy: proporciona “una espiritualidad para tiempos difíciles, para tiempos de increencia e indiferencia religiosa, donde se ha consumado una terrible ruptura entre cultura

y evangelio, ciencia y religión, y en definitiva entre vida y fe”; puede proporcionar a los hombres y mujeres inmersos en esta sociedad y en este contexto cultural una experiencia del Absoluto de Dios, que no exige como condición necesaria o como camino de encuentro con la trascendencia, el abandonar o alejarse del mundo”, es decir, enseña a ser “contemplativos en la acción”.

Invita a que laicos y jesuitas nos ayudemos “para construir una cultura alternativa a la predominante en nuestras sociedades occidentales; trabajar con ahínco para crear una cultura cuyo criterio fundamental en la toma de decisiones personales y públicas sea el bien común, la solidaridad con los más débiles y el respeto a la diversidad; una cultura que rompa la tendencia deshumanizadora de ese afán desmedido de ganancias y la sed de poder que está contagiando a gran parte de nuestros contemporáneos”.

Al servicio de la vocación laical

“En el futuro, no será posible mantener la identidad cristiana e ignaciana en muchas de las obras de la Compañía, particularmente en el campo educativo, pero también en otros campos, sin un número mínimo de laicos suficientemente formados e identificados con el espíritu o modo ignaciano de proceder. Por ese motivo es tan importante dedicar tiempo y recursos para la formación religiosa y espiritual de los laicos que trabajan en las obras apostólicas de la Compañía, especialmente de aquellos que, por la posición que ocupan o pueden ocupar, ejercen o pueden ejercer mayor influencia” (p. 25).

¿Es importante para los jesuitas mantener la identidad ignaciana de nuestras obras? Por supuesto, porque es como el sello de familia, pero teniendo en cuenta que antes que ella y como su fundamento, está la identidad cristiana. Lo primero es seguir a Jesús, lo segundo al modo de Ignacio. El mismo santo se encontraba dispuesto a aceptar la disolución de la Compañía – la obra de sus entrañas – si Dios así lo disponía a través del Romano Pontífice, como lo cuenta su biógrafo González de Cámara. De manera que es importante que haya educación y formación inspirada en la manera de Ignacio, pero mucho más importante es que las obras apostólicas sean cristianas, es decir, instrumentos del Reino. En este sentido dice el P. General, citado por el documento que comentamos:

“Sinceramente, el deseo y la invitación a colaborar juntos en la misión, no es una estrategia pragmática motivada por una disminución de efectivos, sino una nueva conciencia de que la preparación de nuestro mundo, complejo y dividido, para la venida del Reino, requiere una pluralidad de dones, perspectivas y experiencias (CG 34^a, d.26, n.16). No os ofrecemos una participación y colaboración para que nos ayudéis a salvar las Obras e Instituciones de la Compañía, sino para ser juntos colaboradores de la misión de Cristo, según la gracia de la vocación que cada uno ha recibido del Espíritu”.

“No es pues una simple invitación a colaborar con tal o cual Obra en particular de la Compañía, a asumir la dirección de un Centro o la responsabilidad de una Administración. Os invitamos a que desarrolléis vuestra vocación laical en la Iglesia colaborando, al modo ignaciano y según esta espiritualidad, en la misión de Cristo” (p. 26).

Estamos en pie de igualdad en cuanto al Reino jesuitas y seglares. Tenemos una gran afinidad en este propósito fundamental como cristianos, que es participar en la misión de extenderlo, y que consiste en vivir como Jesús e invitar a otros a que orienten sus vidas por el seguimiento de Cristo: “La espiritualidad y el carisma de la Compañía son religiosos y apostólicos al mismo tiempo. Unen contemplación y acción; confianza y abandono en las manos de Dios y también confianza en los medios humanos que Dios coloca a nuestra disposición. Los jesuitas viven y trabajan, no aislados en conventos cerrados a extraños, sino en comunidades abiertas y apostólicas, insertas en medio del mundo que quieren evangelizar. Sus mismos votos, que los distinguen de los laicos y caracterizan su vida consagrada, tienen una dimensión esencialmente apostólica y, a través de ellos, quieren testimoniar valores que los mismos laicos, aunque de otro modo, también deben profesar”.

Desde luego, a los jesuitas no va a resultarnos fácil colaborar con los laicos, más aún, “ponernos enteramente al servicio de la vocación laical”. Estamos acostumbrados a tomar la iniciativa en el servicio apostólico, a pensar la estructura de las obras, a planificar las acciones. Pedimos ayuda solamente si no podemos ejecutarlas nosotros mismos. Esta ha sido la tradición hasta tiempos recientes, como puede verse en nuestros colegios, en los que trabajaban 20 o 30 jesuitas que lo hacían casi todo y que sólo permitían la colaboración de los laicos (desde luego, no de laicas, aunque sí de religiosas) en aquellas tareas que ellos mismos no

podían desempeñar. En las universidades en cambio, dada la complejidad de la obra, siempre trabajaron laicos en todos los puestos y cargos, incluso en los directivos.

En otras obras no educativas la colaboración ha sido mayor y más antigua. Podría decirse que siempre hemos colaborado con laicos. Más bien, debería decirse al revés: ellos han colaborado con nosotros. Pero estamos hablando de un nuevo tipo de colaboración, la que pueden y deben prestar los jesuitas a obras apostólicas no dirigidas por la Compañía de Jesús. Y también estamos hablando de un nuevo tipo de laico, no sólo porque profesionalmente está en muchos casos mejor preparado que los jesuitas, sino porque va siendo consciente de su papel protagónico dentro de la Iglesia como bautizado. Además, y esto tiene una trascendencia enorme, el laico está llamado a evangelizar aquellos ambientes donde el religioso no puede o no debe incursionar – familia, negocios – o no le es tan fácil hacerlo – política, espectáculos, medicina, algunos tipos de investigación, por ejemplo. En esos ambientes el laico puede desplegar una actividad pastoral absolutamente original y que sólo él puede realizar. Esa pastoral será diseñada, dirigida y ejecutada por laicos, y el jesuita colaborará en todo caso a las órdenes de los laicos en aquellos aspectos que sirvan para mejorar el servicio apostólico.

Condiciones para la colaboración

Por parte de los jesuitas:

a) *Identidad bien definida.* Que tiene claro lo que es y se realiza en su vocación. A muchos jesuitas se les estima por su preparación y versatilidad, porque son capaces de destacar en campos diversos. Y eso está bien, pero el aporte fundamental del jesuita a la Iglesia y al Reino debe ser su condición de maestro en la vida del espíritu y en el arte del discernimiento, lo cual no quiere decir que se dediquen exclusivamente a ser padres espirituales, sino que deben poner el sello del discernimiento espiritual en todo lo que hacen: educación, asistencia, investigación, trabajo pastoral, etc. Discernir el paso y la presencia de Dios en los tiempos que corren requiere de personas con gran vida interior y capacidad de reconocer al Dios que habla de muchas y variadas formas al modo humano. Ayudar a otros a encontrar la voluntad de Dios en sus vidas no debe ser una actividad solamente de los padres espirituales o de los acompañantes de Ejercicios. Todo jesuita, y

como ideal muchos laicos, deben ser capaces de acompañar a sus hermanos, también a otros jesuitas, a vivir como cristianos de acuerdo a lo que el Señor les inspira y en las circunstancias concretas en que viven, y esto requiere preparación especial y disposición personal a hacerlo.

b) *Espíritu de servicio*

El objetivo de la vida del laico o jesuita consagrado es el servicio a la misión y no tanto a la obra concreta en la que se trabaja. La misión discernida puede mantener a un jesuita 20 o más años en la misma universidad, pero siempre debe estar preparado para servir en otro lugar con libertad, disponibilidad y alegría interior. Si se ha preparado para ser maestro en el espíritu, tiene un campo magnífico como acompañante de los Ejercicios Espirituales en alguna de sus modalidades o como orientador espiritual. Si tiene otra preparación específica, pondrá en ella el sello del discernimiento de qué se debe hacer en ese campo para que acontezca el Reino.

c) *Espíritu de humildad* para “trabajar, serena y alegremente, bajo la dirección de un laico, hombre o mujer, cuando las circunstancias lo aconsejaren”. Este es un punto clave, sobre todo si el jesuita tiene más edad y se considera mejor formado. Más aún, cuando debe trabajar en una obra apostólica dirigida por una mujer, por más capaz y religiosa que ésta sea. Pesa una tradición jesuítica cerrada a lo femenino, que sólo recientemente – podríamos hablar de unos 20 años y especialmente desde la CG 34^a – ha comenzado a cambiar.

Abiertos al diálogo, a la crítica, a la corrección fraterna, actitudes extraordinariamente importantes en sociedades como las nuestras, que a pesar de ordenamientos políticos y jurídicos que contemplan el diálogo y la solución dialogada de las diferencias, ven surgir con preocupación movimientos en los que se cultiva y se educa en la intolerancia y el sectarismo.

d) *Actitud de respeto*

Un respeto profundo que sólo brota del convencimiento espiritual de que ambos, jesuita y laico, están al servicio del Reino. Hay que actualizar constantemente una disposición interior de respuesta al llamamiento del Rey Eternal (EE 95) de pasar “toda clase de injurias, y todo menosprecio y toda pobreza” (EE 98). Si muchas veces lo proponemos con sinceridad al hacer los Ejercicios, ¿por qué cuesta tanto algo mucho más sencillo: doblar el propio orgullo y ser capaz de trabajar sin figurar, ni mandar, ni disponer?

Por parte de los laicos:

a) *Motivación y preparación para la misión.*

Son indispensables para participar en el espíritu de la Compañía. No todos las tienen, pero las pueden adquirir – supuesta una base inicial de deseo aunque sea pequeño – por medio de los Ejercicios Espirituales, el acompañamiento espiritual y la formación. Cada vez hay más laicos deseosos de conocer los resortes que mueven a los jesuitas y participar de su espiritualidad. En el ámbito venezolano, y a modo de ilustración, se presenta un recuento de algunos jesuitas y laicos, a los que se les consultó expresamente sobre su apostolado, que trabajan en la formación laical durante este curso 2001-2, y la variedad de actividades de formación que promueven y en las que participan.

	Actividades	Número de laicos que participan	Tiempo de duración y periodicidad
Promotor jesuita	Acompañamiento espiritual	13	Largo tiempo. Una vez al mes.
	Reflexión sobre los Ejercicios de San Ignacio	8	Un año Quincenal.
	Enseñanza del acompañamiento espiritual	13	Seis meses Semanal
	Asesoría a la CVX	8	Permanente Tres veces al mes
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales	14	Cuatro días
	Grupo de teología	22	Tres años Quincenal
Promotor jesuita	Acompañamiento espiritual	6	Una vez al mes

	Ejercicios en la vida diaria: Personalizados En grupo	10 6	Año escolar Año escolar
	Talleres regulares de formación	100	Trimestralmente, una hora por semana
	Talleres ocasionales	15 a 20 por taller	
	Orientación grupal	15	Año escolar Quincenalmente
Promotor laico	Taller: Historia de la Iglesia	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor laico	Taller: Eneagrama	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor laico	Taller: Fe humana y Desarrollo moral	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales	16	Cuatro días
Promotor jesuita	Taller: afectividad y crecimiento espiritual	20	Tres días
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales en la vida corriente	5	Reunión semanal Un año
	Formación cristiana (Profesores UCAB)	8	Reunión mensual
	Asistencia a la CVX	100	Dos fines de semana al mes en 8 ciudades

	Voluntarios profesionales	3	Tres veces al año
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales en la vida corriente	5	Reunión semanal Un año
	Formación bíblica para comunidades cristianas	30	Reunión quincenal Actividad permanente
	Servicio jesuita a refugiados	6	Reunión semanal
	Formación para el acompañamiento a comunidades	3	Una noche a la semana Permanente
Promotor jesuita y laico	Acompañamiento equipos zonales de Fe y Alegría	70	Jornadas de formación una o dos veces al año
Promotor jesuita	Vocación educativa popular	25 a 30	Una vez al mes
	Ejercicios Espirituales a docentes y directivos	76	Cuatro días Tres veces al año
	Retiros y talleres de crecimiento desde la espiritualidad ignaciana	70	Dos jornadas de tres días
	Formación de docentes del Colegio Gonzaga (Maracaibo)	25	Dos jornadas al año de tres días
	Seguimiento a los retiros/taller para comunidades cristianas	35	Dos veces al año

	Análisis de la realidad, Equipos directivos de las zonas de F y AI	30	Jornadas de reflexión una vez al año
	Estudio de la realidad, seguimiento a lo educativo, F y AI		Con material enviado a las zonas
	Apoyo a la formación de IRFA	17	Dos días cada tres meses
	Talleres sobre proyecto institucional, IRFA	25	Dos días cada tres meses
	Ejercicios Espirituales a campesinos	25	Encuentro mensual
	Fortalecimiento de la organización comunitaria (Masparro)	25 a 30	6 jornadas en las aldeas
	Formación de celebradores de la Palabra (Edo. Barinas)	30	Dos talleres de dos días
	Jornada en la Goajira sobre proyecto de Fe y Alegría en la zona	75	3 días
	Retiro/fortalecimiento personal en Radio Fe y Alegría (Guasdualito)	10	Dos jornadas
Promotor jesuita	Taller de Eneagrama para la CVX	10	Dos fines de semana

	Crecimiento personal (Maestros de Mcbo.)	25	Dos fines de semana
	Taller para trabajar los sueños (C.Jung)	15	Fin de semana
	Eneagrama (mujeres)	37	Tres días
	Eneagrama docentes Jesús Obrero	30	Tres días
	Taller de espiritualidad	30	Tres días

Son más de mil laicos adultos atendidos personalmente por los 10 jesuitas y 4 laicos consultados, en una variedad enorme de iniciativas y trabajos apostólicos. Sin duda ninguna que estas cifras podrían multiplicarse por dos o por tres si se hiciera un recorrido de todo el trabajo de laicos y jesuitas para formar y acompañar a otros laicos. Siempre por cierto ha existido un apostolado de esta clase, pero ahora cobra caracteres nuevos y prometedores hacia el futuro.

b) Fogueo en el apostolado

Lo más difícil es vivir en el mundo sin ser del mundo, en términos joaneos. Es difícil participar del mundo de los negocios, de la política sin contaminarse, más aún, queriendo transformarlo. Esta es una falla de los cristianos a nivel mundial. Las democracias cristianas comenzaron a existir con un sentido de transformación de la sociedad desde el ejercicio del poder, pero en todas partes el poder se las tragó y las convirtió en un partido más, sujeto como los demás a la ambición personal de sus líderes, a la corrupción y al desentendimiento de las mayorías empobrecidas. Este juicio no puede desde luego generalizarse a todos los líderes de esos partidos, pero sí a muchos de ellos, así como a sus partidarios. Algo parecido puede decirse del mundo de la producción y de los negocios, donde los pocos empresarios con mentalidad cristiana que aún existen se ven arrastrados por una marejada neoliberal muy difícil de resistir.

En términos más circunscritos a las obras apostólicas, los laicos van cobrando un protagonismo importante. Han ocupado puestos directivos en la

mayoría de los colegios desde hace tiempo, lo mismo que en las universidades. Pero no basta ocupar el cargo, sino ejercerlo con sentido de colaboración en la misión de la Compañía, y en ese punto no hemos tenido los jesuitas suficiente claridad para hacérselo ver ni suficiente dedicación para buscar camino juntos.

c) Disponibilidad y gratuidad

Las exigencias económicas personales y familiares de los laicos son distintas de las de los jesuitas. Sus obligaciones familiares se anteponen a otras consideraciones, como debe ser. La misión apostólica tiene que ofrecer una seguridad económica al laico y a su familia, sea cual sea la obra donde trabaje. Las fórmulas pueden ser distintas, pero desde luego no pueden apartarse de lo que las legislaciones nacionales establecen para los trabajadores. Este es un terreno en el que se impone la transparencia de parte y parte, y un discernimiento espiritual para buscar y hallar la voluntad de Dios y lograr así un mayor servicio divino.

Conclusiones

Es la hora de los laicos, se oye con frecuencia, también entre los jesuitas. Esta frase apunta hacia un futuro promisorio para la Iglesia e indica que el espíritu del Concilio Vaticano II va penetrando en las conciencias y en los corazones. Pero tal frase no puede convertirse en una consigna sin repercusiones. Si es la hora de los laicos hay que formarlos, o, mejor dicho, tienen que formarse en la fe y en el discernimiento de lo que la fe exige en los tiempos actuales. La fe es exigente para todos, laicos y religiosos, clero y obispos: exige una transformación de todo el ser humano y de toda la orientación de su acción. Esto es un don del Espíritu y hay que pedirlo y prepararse para recibirlo. El religioso y el sacerdote siguen siendo necesarios en la Iglesia y su papel no pueden desempeñarlo los laicos. Lo contrario también es cierto, aunque la Iglesia padeció de clericalismo durante mucho tiempo y todavía predomina en algunos ambientes. El laico no dispone de las facilidades de tiempo y dedicación a la obra apostólica que tiene la persona consagrada, pero la extensión del Reino no se cuantifica en horas de dedicación, sino en calidad y densidad de la actuación de cada uno, movida por la fe, la esperanza y el amor. A

lo largo de la historia de la humanidad y de la Iglesia son muchas las personas que han testificado, postrados en una cama o desde la inmovilidad de un convento de clausura, que el Reino se apoya, además de en medios humanos, en la oración y en la inmoción interior. Esto sigue siendo verdad también en esta sociedad frenéticamente hiperactiva, de la que muchas veces nos contagiarnos hasta perder la perspectiva. Si es la hora de los laicos es porque ha sonado la hora de todos, y todos tenemos mucho que transmitir a este mundo torturado, frenético, portentoso, terriblemente injusto, pero también generoso, a veces adolescente y angustiado, a veces adulto y consciente de lo que puede hacer y omitir. En una palabra, nuestro querido mundo, por el que Jesucristo murió y resucitó.